

NARRATIVA

Todo hogar es Camelot

Un relato breve de Julien Gracq sobre una casa encantada que es a la vez metáfora de la Francia ocupada

ÁLVARO COLOMER

A finales del siglo XIX, una médium reveló a Sarah Winchester que los espíritus de todos, absolutamente de todos los seres humanos muertos por culpa del fusil de repetición inventado por su difunto esposo la acechaban por las noches, y que la única forma de librarse de ellos era construir una casa que jamás debía terminar, es decir, una casa en permanente construcción, para que así los fantasmas no pudieran hallar morada en ella. Para poner las cosas todavía más difíciles a la estantigua, la viuda añadió trampas a la mansión: escaleras que no iban a ninguna parte, puertas que se abrían a muros, pasadizos secretos sin entrada ni salida... Hoy la residencia Winchester es una atracción turística, un centro de peregrinación para los amantes de lo oculto.

Las mansiones encantadas son material literario desde antes incluso de que Edgar Allan Poe hiciera enfermar a los habitantes de la casa Usher, de que Shirley Jackson metiera a cuatro inquilinos en Hill House o de que Tobe Hooper encajonara a los fantasmas en los televisores de Cuesta Verde. Y ese re-

curso narrativo, el de los hogares con entidades de ultratumba, es el que usó Julien Gracq en una *nouvelle* que, como si también viniera del más allá, ha aparecido en las librerías catorce años después de la muerte de su autor.

Se ha calculado que *La casa* debió de ser escrita entre 1946 y 1950, por tanto en paralelo a la redacción de *La orilla de las Sirtes*, obra que valió al autor aquel premio Goncourt que rechazó por parecerle el mundillo editorial francés una broma de mal gusto. A simple vista, la novela cuenta la historia de un hombre que se siente atraído por una mansión que divisa desde el autobús que le lleva a diario de un pueblo a otro. En cierto momento, el pasajero decide visitar esa construcción, para lo cual se adentra en un bosque más tenebroso que la oscura senda por la que se perdió Dante, y desemboca en un casoplón de cuyo interior sale, como el canto de una sirena, la voz melódica de una mujer. Hasta aquí, el primer plano de lectura. Porque el segundo nos revela una me-



Julien Gracq
La casa
Traducción de
Vanesa García
Cazorla.
Periférica
64 páginas
9,50 euros

táfora sobre la Francia ocupada, en la que la mansión cumpliría el papel de caja fuerte donde se conserva la esencia del país; y el tercero, algo más complejo pero estupendamente explicado por Vanesa García Cazorla en el epílogo, nos sitúa ante una actualización de la leyenda artúrica propuesta por Chrétien de Troyes, en la que lógicamente el protagonista sería Perceval y la casa, el mismísimo Grial.

Se ha dicho no sin poca sorna que la literatura de Julien Gracq fue más grande que él. Efectivamente, Louis Poirier (nombre real del autor) fue un profesor de instituto que nunca se las dio de escritor. No fue un excéntrico, no vistió como un dandi, nunca se las dio de intelectual. Prefirió vivir al margen de los oropeles y escribir unas novelas que, en el caso que nos afecta, permiten una cuarta lectura: la prosa de Gracq es el Grial al que todos deberíamos aspirar, pero el sistema editorial nos ha metido en un bosque enmarañado del que ojalá podamos salir de una maldita vez. /